

Armando Montesinos

ALFONSO ALBACETE: ASUNTOS INTERNOS

Asuntos internos ha titulado Alfonso Albacete (Antequera, 1950) esta exposición, que presenta más de 150 obras sobre papel, elegidas de entre las guardadas en carpetas, cajones y cuadernos de su estudio, para sugerir un mapa movedizo, un posible índice, de los temas, los motivos y los modelos de una obra desarrollada a lo largo de más de tres décadas.

Asuntos internos: aquello que ocurre en el interior de su estudio cuando el artista trabaja para hacer visibles sus procesos de pensamiento y comunicar, mediante los cuadros que son su acabada formalización, los resultados de su investigación artística.

Un haz de luz. La expresiva postura de un cuerpo. Una forma arquitectónica en medio de un agreste paraje natural. La sombra de una planta en una hoja de papel. Un personaje mitológico, un problema matemático, una foto en un periódico. El recuerdo de una situación, o de un poema... Temas, figuras y objetos que han sido pensados, analizados y sentidos de diversas maneras y en momentos distintos, a veces durante años. Sus formas, volúmenes y colores; sus sentidos simbólicos; su pertinencia para expresar lo contemporáneo o lo atemporal, se entrecruzan, dotándose de significados y referencias mutuas, hasta que encuentran su resolución final en una serie de cuadros.

Esta exposición muestra las huellas de los procesos a través de los cuales esa sostenida investigación que liga el mundo visible con el mundo de las ideas y de las sensaciones, se va desarrollando, mediante apuntes, bocetos, recortes de prensa retocados, collages, calcos, etc. Y también los distintos recursos técnicos y registros mentales y los variados lenguajes que el pintor, con la seguridad de la experiencia o con la audacia del experimento, utiliza para fijarlos sobre el papel.

Recuerdo que, hace años, Albacete describió una de sus obras (*El estudiante de Praga*, de 1985), como “un autorretrato de la cabeza por dentro”. En realidad, podríamos decir que visitar esta exposición es como estar dentro de la cabeza del artista. Cada una de las obras sería una neurona, y sus interrelaciones las infinitas

sinapsis de los complejos procesos mentales de una inteligencia viva y alerta a los devenires de la existencia y de la cultura. No es extraño que una serie reciente de Albacete responda al título genérico de *La seda*. Como el gusano de seda que se encierra en el apretado capullo y emerge como la mariposa que ova, para que de sus huevos arranque de nuevo el proceso, las ideas se alimentan, se desarrollan, y a menudo se transforman, gracias a las diversas mutaciones formales a las que el artista las somete, en una búsqueda a veces precisa, a veces aleatoria, del hilo del sentido, hasta generar situaciones inéditas que a su vez disparan nuevas ideas.

Otro título posible habría sido *Índice*; un índice que rastrearía, entre las numerosas obras y series creadas en su dilatada trayectoria, unas posibles zonas temáticas, o hilos conductores, que podrían llamarse *Interiores*, *Naturalezas*, *Figuras*, *Autorretratos*, *Tramas*... Pero siempre serán zonas no estancas, que se contaminan y polinizan entre sí, tentativas de tejer uno de los posibles órdenes que configuran el caos, entendido éste no como desorden, sino como la única y verdadera fuerza rectora del universo Albacete.

En la zona *Interiores* la propia construcción interna de las obras replica los espacios construidos de la arquitectura que, como bien sabe Albacete, también arquitecto, se levantan primero mentalmente y luego con la solidez de los materiales. A menudo ese interior es el ámbito del estudio, que no es sólo el espacio vital del artista, sino un espacio arquitectónico, pero también imaginario, de luz y de sombras, en ocasiones ampliado a las calles que lo rodean o a los lugares del arte. Mediante ese repertorio reducido –cuatro paredes y unas ventanas y puertas, algunos objetos personales, las herramientas del oficio- el pintor desarrolla un discurso significativo, capaz de aportar información y conocimiento no ya sobre el mundo y su experiencia, sino sobre la propia pintura.

En *Figuras* es la arquitectura corporal de la presencia humana la que es investigada en toda su complejidad, mediante los distintos acercamientos –del natural, al modo académico, como portadora de símbolos, referida a otros artistas o estilos, etc.- que posibilita lo pictórico. Es interesante cómo Albacete elude lo directamente narrativo: esos cuerpos nunca son “personas”, portadoras por tanto de historias propias, sino figuras de rostro e identidad evanescente, contenedores abiertos a múltiples significados, como pueden ser ciertas imágenes emblemáticas, fruto de la transposición pictórica de simbologías mitológicas. Mención aparte merece el conjunto *Pinturas de guerra*, donde cuerpo y pintura se convierten en una y única cosa

indiferenciable, en uno de esos juegos de doble sentido que tan bien utiliza Albacete: la pintura como la guerra que hay que librar a diario.

Los trabajos y estudios ligados al paisaje y a su problemática captación, siempre fugitiva por cambiante e inabarcable, se agrupan en *Naturalezas*. Papeles que interpretan tanto los ritmos de las estaciones, a veces a partir de inspiración musical, como la relación, ya inseparable, entre el entorno natural y las intervenciones artificiales –casas, carreteras, etc.- que lo surcan y pueblan, y en los que tienen una presencia destacada los parajes de los montes y la costa de Mojácar, que tanto ha frecuentado. Y, también, usando a menudo recursos propios de la reproducción gráfica, indagaciones sobre la visibilidad y la penetración de la mirada en las urdimbres vegetales, que humorísticamente podríamos sintetizar dándole la vuelta al dicho “los árboles no dejan ver el bosque”.

Precisamente de ahí, y de investigaciones originadas por sus preocupaciones teóricas sobre los fractales, esos fascinantes desarrollos matemáticos de la naturaleza, surgen las obras ligadas a la sección *Tramas*, iniciadas en los años 90 y aún foco de atención del pintor, como demuestran los dibujos y bocetos de la serie *La seda*, antes citada.

Pespunteando toda la exposición, los autorretratos. Realizados a lo largo de los años, mirando el reflejo que devuelve el azogue o fijando la imagen propia que flota en la memoria, tratan no tanto de una autobiografía como de la idea de la pintura como destino personal. En ellos puede verse la mirada poliédrica del artista, capaz de verse, e interpretarse, desde cualquier registro, sea la óptica del riguroso realismo, o del trazo ligero, no menos contundente y preciso, de la caricatura, o de la concisión gráfica de la ilustración. Mediante la sutil línea trazada con un lápiz o la rotunda mancha de óleo aplicada de un brochazo, los autorretratos de Albacete configuran un calidoscopio del paso del tiempo y capturan, cada vez, la expresión emocional de un momento, de una situación. Especialmente atractivo, por cuanto funde en una sola imagen su rostro y su estudio, es un dibujo en el que, combinando elementos de su entorno, con apenas un listón y un lienzo apoyados en la pared, un trapo tirado, y las manchas y sombras en el muro y el suelo, consigue componer, a la manera del daliniano retrato de Mae West, un autorretrato de extraordinario parecido.

William S. Burroughs escribió que el precio que un artista tiene que pagar por hacer lo que quiere es hacerlo. Albacete paga el precio trabajando todos los días en su estudio con la disciplina de un oficinista. Siempre es difícil para un artista mantener la tensión

en su trabajo y superar los momentos en los que la tensión propia, o la del mundo del arte, disminuye o languidece. Atento a las discusiones teóricas, a los planteamientos formales y a las innovaciones técnicas de su tiempo, el artista siempre ha sabido distinguir los mimbres de su investigación de la hojarasca de las modas pasajeras. Estos asuntos internos, o este autorretrato por dentro, que ahora presenta el CAAC, no son el diario íntimo del autor, porque el mundo personal de Alfonso Albacete, lejos de ser autorreferencial, es el mundo cultural de su época, y su obra un continuado proceso de reflexión que, desde hace ya 40 años, aporta conocimiento sobre sus complejidades y transformaciones.

Texto sobre la exposición *Alfonso Albacete: Asuntos internos* (Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, 15 febrero - 30 marzo 2014)